

CUIDADO, DON SANCHO



ON Sancho aprieta el cerco de Zamora. Aprieta, aprieta como una serpiente de acero.

Adentro de la plaza, los soldados de doña Urraca no desmayan.

¡Viva Zamora! ¡Viva la infanta!

Arias Gonzalo y sus hijos están en todas partes. Corren por los andamios de ronda con la velocidad de una corriente eléctrica. En su furor bélico se multiplican de un modo milagroso. Se les ve en todas partes al mismo tiempo. En cada torre hay un Arias. ¿Pero cómo, si las torres son más de veinte? Misterio. El diablo sabrá cómo. En donde los castellanos abren un portillo, allí aparece el pecho de un Arias.

¡Viva la infanta! ¡Viva Zamora!

¡Viva Castilla! ¡Viva don Sancho!

De un campo a otro vuelan saetas y gritos. Lanzas escalas los sitiadores, cortan escalas los sitiados. Zamora es un nido de águilas en una nube de piedra. Castilla es una serpiente en llanos de arenas de oro. Picotean los

V. HUIDOBRO

aguiluchos, aprieta la sierpe sus anillos, aprieta, aprieta.

Ya en Zamora casi no hay qué comer. El momento es grave. No hay qué comer, pero hay audaces, y el hambre aumenta la audacia. Hay dos ojos afiebrados que corren de un lado a otro, dos ojos en delirio y una voz que brama al viento: "No me exasperes, rey Sancho, que no respondo de mí." El verlo asusta a los suyos.

—¿Qué tienes, Vellido Dolfos? ¿Qué te pasa? Calma tus nervios.

Vellido Dolfos no oye, algo lo arrastra de los cabellos. Como un autómatas corre a la puerta de los Zambranos de la Reina en su buen potro de raza:

—Dejadme la puerta abierta—grita—. ¡Zamoranos! os juro que hoy la victoria será nuestra.

Sale a escape, a escape atraviesa el campo castellano y llega atrás, al sitio donde don Sancho contempla la maniobra de sus tropas. Don Sancho está a caballo; a pie están junto a él sus segundos.

Al ver al caballero que viene corriendo se apartan los soldados sin saber de qué se trata. El mismo rey se queda perplejo y lo mira acercarse. Será un fugitivo, será un emisario.

El audaz Vellido Dolfos sabe el efecto que produce la audacia y sabe aprovecharlo.

Llega junto al rey y rápido como el rayo:

—A vuestra salud, señores—grita—. ¡Por doña Urraca!—y con una destreza suprema lanza su venablo al rey, le atraviesa pecho y espalda, vuelve el caballo de un salto y corre otra vez a Zamora.

A los gritos de todos, sale el Cid de su tienda, ve un alboroto en el campo y un jinete que corre hacia Zamora como alma que lleva el diablo.

Monta el Cid en su potro, adivinando algo malo, y en

la precipitación se olvida de su casco y de sus espuelas. Corre que se mata detrás del jinete para apresarle, mas no le alcanza. Este se mete otra vez por el postigo de los Zambranos de la Reina y las puertas se cierran justo cuando llega el Cid a recibirlas en las narices de su caballo, y sólo le queda rugir con rabia:

—Maldito el caballero que sin espuelas cabalga.

Al verlo junto a sus muros, la infanta se asoma por una almena y grita en versos de romance, olvidando los asonantes en su cólera:

—Afuera, afuera, Rodrigo, el soberbio castellano. ¿Qué vienes a hacer aquí? Debiera darte vergüenza luchar contra una mujer, y debieras acordarte que yo te puse la espuela cuando mi padre te hizo en Coimbra caballero.

Aplastado por la estrofa de la infanta, volvióse el Cid a su campo silencioso, con el corazón lleno de faltas, sucio de remordimiento, ignorando aún lo que había pasado.

El campo resuena de clamoreos. Don Sancho ha sido herido. Vellido Dolfos le ha muerto.

—Le ha muerto a traición—aúlla Diego Ordóñez de Lara.

—A traición—repite todo el campo castellano.

—No a traición, frente a frente—vociferaban los zamoranos.

—A traición.

—Frente a frente.

—Es un traidor.

—Es un valiente.

—Ha muerto al rey.

—Ha salvado a Zamora.

—Traidor, traidor.

—Valiente, valiente.

—La historia dará mañana su fallo.



M I O C I D C A M P E A D O R

—La que escribiréis vosotros será parcial.

—Ya veremos.

—Nada vale.

El rey don Sancho yace sobre su lecho de muerte, próximo a exhalar el último suspiro. Toda la flor de Castilla es una guirnalda de lágrimas en torno al moribundo.

Con una voz entrecortada de hipos agónicos el rey murmura:

—Dios lo ha querido. Acaso he obrado mal. Conde García Ordóñez, acercaos. Vos que fuisteis entre los míos el más amigo de don Alfonso, decidle que me perdone, que yo creí obrar por el bien de Castilla; decidle que le recomiendo mucho a Mío Cid, que haga algo por él y le reciba por vasallo. Y vosotros, caballeros, decid de mi parte a...

La muerte cortó la palabra. Nunca se supo el nombre, nombre que quedó enredado detrás de los labios, que se contrajo en la lengua del moribundo y que acaso su alma fué repitiendo en los espacios como un canto de pájaro.

Murió el rey.

El Cid entonces se levanta y grita en voz alta encima del cadáver y del código de caballería:

—Que se ofrezca un caballero, antes del fin del día, para desafiar a Zamora y vengar la muerte del rey.

Nadie responde. Ante todos los ojos se yergue la visión del viejo Arias Gonzalo, aunque viejo, bravo como el más bravo y fuerte como el más fuerte, y sus cuatro hijos, ya casi tan famosos como el padre.

—Sabéis—agrega el Cid—que yo no puedo armarme contra Zamora, porque así lo tengo jurado.

V. HUIDOBRO

Diego Ordóñez, arrodillado a los pies del rey, se levanta y habla:

—Puesto que el Cid ha jurado lo que no debía, yo desafiare a Zamora. Sangre de Lara soy, hijo del conde don Ordoño y primo de nuestro rey por la real casa de León. Deje mis haciendas por servirlo, también puedo dejar mi vida.

—Sois bravo y sois fuerte—responde el Cid—, no dejaréis vuestra vida. Señores, aquí tenéis un campeón de Castilla, un caballero tal que nadie se apercibirá que yo falto.

En su potro, Diego Ordóñez de Lara sale del campo y llega a Zamora, dando voces, insultando y desafiando a toda la ciudad y a sus moradores.

—Zamoranos, os tengo a todos por traidores y fementidos. A todos os desafío, a todos os reto a duelo, a los muertos y a los vivos, a vuestros antepasados y a los que aun no han nacido, a los panes que coméis y a las aguas que bebéis, a todo lo que es Zamora y respira aire zamorano.

Desde la torre más próxima, Arias Gonzalo responde:

—Habéis perdido el sentido, Diego Ordóñez, retando a los que ya murieron y a los que aun no han nacido, y a nuestros panes y a nuestras aguas. Basta con retar a los vivos. Yo acepto el reto, y pues habéis retado a consejo, en desafío total, tenéis que luchar con cinco, como es costumbre en tal caso y ley de caballería. Yo acepto el reto; yo y mis hijos.